

EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Suscripción: Barcelona, ptas. 1'50 al mes. Fuera, ptas. 8 trim. Extranjero ptas. 8 trim.

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES

Escudillers Blanches, 3 bis, bajos.

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

CINEMATÓGRAFOS Y VARIEDADES

GRAN TEATRO DE NOVEDADES

VIERNES, 9 del corriente, RECONTECIMIENTO ARTISTICO

PRIMERA de las 3 únicas funciones en las que tomarán parte

las eminentes artistas de fama mundial

FORNARINA -- NITA-JO

Trio Delmonte - Les Femenias - Mary and Bracco - La Baturrica

PROYECCIÓN DE INTERESANTES PELÍCULAS

Precios: Butacas, 1'50. -- Entrada general, 0'55.

La función empezará a las 8 y media, noche.

SABADO, TARDE Y NOCHE: Últimas funciones de

Fornarina -- Nita-Jo -- Y ADIOS A BARCELONA DE **FORNARINA**

Crónica diaria.

Contra Barcelona.

Ya es pleito viejo el que los periódicos extranjeros y aun algunos de Madrid se complacen en dar proporciones escandalosas a todo cuanto procede de Barcelona, sobre todo si ello puede perjudicarla. Las informaciones gráficas y literarias de los correspondientes son amañadas de tal forma que no tienen nada que ver con la exacta realidad, y así se ha ido fabricando una atmósfera adversa contra nuestra ciudad, que es preciso desvanecer publicando aquellos amañados de los correspondientes extranjeros para vergüenza suya y a fin de que nuestro público vea cómo nos tratan.

He aquí el último infundio inventado por el *The Union and Advertiser*, de Rocketer (Nueva York), en su número correspondiente al 19 de Julio último.

En la sección telegráfica se lee este despacho, oriundo de Barcelona, y con el siguiente título:

«Numerosas detenciones después de una bomba en Barcelona. — Barcelona, 19 de Julio. — Se han practicado numerosas detenciones relacionadas con la explosión de

ma bomba, ayer, en la plaza de Cataluña cuando pasaba la tía del rey, don Alfonso, la infanta Isabel. Las autoridades temen que el atentado determine una renovación de violencia revolucionaria a Barcelona la que normalmente es una de las ciudades más turbulentas del mundo, aunque la gran colonia anarquista de allí hace un tiempo está quieta.

Así termina el despacho y no lleva firma alguna.

¡Oh, la seriedad, inglesa y norteamericana! Pará bien la Atracción de Forasteros en averiguar quién es el corresponsal de ese periódico yanqui para ofrecerle un premio por haber batido el *record* de la mentira y además un puntapié en salva sea la parte.

Provinciales.

La Comisión provincial ha despachado los siguientes asuntos:

Sección de Gobernación. — Instancia de don Jaime Deu y otros encaminada a que se suscite competencia al Juzgado de primera instancia de Granollers en el juicio promovido por don Sebastián Bauzá reclamando sueldo del secretario del Ayuntamiento de San Felip de Codinas.

Petición formulada por el alcalde de Berá para que se suscite competencia al Juzgado de instrucción de aquella ciudad en diligencias sobre clausura de una casa de lenocinio.

Expediente para la construcción de un cementerio en Las Cabanyas.

Exención de subasta solicitada por el Ayuntamiento de Mollet para la construcción de una cloaca y adquisición de aparatos sanitarios.

Exención de concurso solicitada por el Ayuntamiento de Sarriá para la adquisición de una finca con destino a escuelas municipales.

Sección de Hacienda. — Perdón de contribución territorial solicitado por el Ayuntamiento de Gisclareny con motivo del pedrisco ocurrido el día 8 de Agosto de 1911.

Informe en el expediente de arbitrios extraordinarios promovido por el Ayuntamiento de Lluçaneda para el año 1912.

Idem idem de idem por el de Granollers.

Idem idem de idem por el de San Pedro Salavina.

Reclamaciones interpuestas por don Francisco Morgades y otros contra el reparto vecinal girado por el Ayuntamiento de Olesa de Montserrat para cubrir el déficit de su presupuesto extraordinario correspondiente al año 1911.

Gaceta.

El Colegio de Médicos de esta provincia ha remitido al presidente del Consejo de ministros el siguiente telegrama:

Señor don José Canalejas, presidente del Consejo de ministros. — El Colegio de Médicos de la provincia de Barcelona, a instancias de la Unión Gremial de esta ciudad, ha acordado ocuparse del importantísimo problema de la traída de aguas y especialmente de la potabilidad de la de Dos Rius y del caudal que se necesita en Barcelona, abriendo una información entre la clase médica durante el término de un mes y rogando a V. E. que no se resuelva el asunto hasta que esta corporación formule el correspondiente dictamen. — El presidente, Antonio Barlowens.

Lista suplementaria de Sociedades y periódicos que, según noticias que tiene la Comisión, recogen firmas para el homenaje a Ignacio Iglesias:

Nova Catalunya, Estart Artistic, Juventud Socialista y, personalmente, el actor don Alejandro Corbero, de Barcelona; *El Eco de Sitges*, *Empordà Federal* y casa Canet de Figueras; C. C. Autonomista de Navarres, C. N. R., Centro Republicano, Lliga Regional, Casal Regionalista, Ateneo Obrero Manresano y Orfeo Manresà, de Manresa, y don J. Ximeno Planas, de San Hilario Sacal.

Se recuerda nuevamente que el plazo de admisión de firmas termina el día 15 del presente Agosto.

En nuestra Redacción continúa abierta también la lista.

En la carretera de San Cugat cayó de la bicicleta que montaba Remigio Sabatés Pons, de 19 años, causando heridas en varias partes del cuerpo, que le curaron en el Dispensario de Gracia.

La Institución Horaciana de cultura, establecida en la calle de Mercaders, número 26, principal, nos comunica, para que lo hagamos público, que ha separado del cuadro de su profesorado a don Felipe Barbosa Prat, que desempeñaba el cargo de director de la Escuela Horaciana. Para cubrir dicha vacante se abre un concurso entre el profesorado; las solicitudes pueden dirigirse al domicilio de dicha Institución de cultura.

Una vez firmado el convenio franco-español sobre Marruecos, se celebrará en esta capital el V Congreso africanista, a cuyo efecto los Centros Comerciales Hispano-marroquíes acaban de elegir presidente del mismo al ilustre hombre público y senador del reino don Rafael M.^a de Labra.

Se reunirá la referida Asamblea en Barcelona, teniendo en cuenta que, respecto a la cuestión internacional, es preciso abordar de frente el modo y manera de organizar los territorios marroquíes que quedan sometidos al protectorado español, para que sean útiles a nuestro comercio e industria, deserrando prejuicios y sistemas económicos anticuados, que sólo sirven para la empleomanía.

Cataluña, como también otras regiones españolas, ha creado en Africa cuantiosos intereses y por ello es de absoluta necesidad establecer una política colonial que responda a los sacrificios del país, fomentando el desarrollo de las riquezas.

Con tal motivo, los Centros Comerciales Hispano-marroquíes ruegan a las entidades fabriles, comerciales, industriales y a todas las fuerzas vivas del país se sirvan proponer los temas que estimen convenientes, dirigiéndolos al domicilio social en Barcelona, rambla de Santa Mónica, 25, principal, a fin de que la Comisión correspondiente pueda examinarlos.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a los destinatarios.

De Castellón, Superiora Siervas Jesús, calle Valencia; de Zaragoza, Anselmo González, Urgel, 28; de Reus, Manuel Calden, Ciudad, 6; de Madrid, Maucintosh.

Conferencias y reuniones.

Se recuerda a los delegados que por las respectivas entidades hayan sido designados al efecto que hoy, a las nueve y media de la noche, tendrá lugar en el salón interior del café Martí, Hospital, 135, la reunión convocada al objeto de resolver lo procedente a la proyectada manifestación de simpatía a la República portuguesa y otros asuntos.

La Agrupación Obrera convoca a la reunión de Juntas, que tendrá lugar el próximo domingo, a las nueve de la mañana, en el local de la Unión Radical Graciense, calle de Salmerón, 37, Gracia.

La Junta directiva de la Asociación de Propietarios de las barriadas de Lligalbó y Can Casanovas ha quedado constituida en la siguiente forma:

Presidente, don José Girana Cabré; vicepresidente, don General Urgell Vidal; secretario, don José Miró Roure; vicesecretario, don Sebastián García Faria; contador, don Baltasar Fargas de Casanovas; tesorero, don José Surribas Riera; vocales, don Ricardo Botey, don Enrique Guindolany, don Pablo Roldán, don Justo A. Huguet, don Luis Hutset, don José Dagés Carbó, don Serapio Salvat Miró, don Manuel Carreras Carbó, don Juan M.^a Grillo Fargas, don Jaime Farreny, don Manuel Sorolla y don Federico Benesat.

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y ARTES

OBSERVATORIO FABRA

TERREMOTOS FUERTES POCO LEJANOS

Hoy, día 6, a las 18 horas, 44 minutos, 35 segundos, todos los sismógrafos del Observatorio empezaron a registrar la repercusión de un fuerte terremoto poco lejano. Dura el movimiento unos 0, minutos y la distancia teórica epicentral es de unos 750 kilómetros.

El propio día y a las 21 hora, 35 minutos, se registra otro terremoto menos lejano y no tan fuerte como el anterior. Su duración es aproximadamente la misma y la distancia epicentral corresponde a unos 300 kilómetros.

El director del Observatorio, José Casas Solá.

Colecciones de naipes.

La colección de naipes del Museo Británico tiene fama de ser la más numerosa del mundo; pero en realidad la colección más completa pertenece a la señora Van Rensselaer, de Filadelfia, autora de varias obras importantes acerca de la historia de los naipes.

Mrs. Van Rensselaer posee más de 900 barajas de todos los países donde se conocen los naipes y pertenecientes a muchos períodos de la historia del mundo. Pero la coleccionista no los colecciona por coleccionarios, sino que estudia cuidadosamente su historia

Laberintos.

La palabra "laberinto" significa en griego pasaje de mina. Antiguamente los laberintos inspiraban miedo a causa de la oscuridad que en ellos reinaba y por el peligro que se corría de extraviarse en sus complicados recorridos. El más famoso laberinto de la antigüedad fue el construido por Dédalo en Creta, por orden de Minos; en su centro estaba el Minotauro, monstruo que devoraba a cuantos allí penetraban y no podían dar con la salida. Los atenienses mantenían al Minotauro haciendo regularmente entrar en el laberinto catorce jóvenes, siete de cada sexo. Al fin le dió muerte Teseo, que pudo salir del laberinto gracias al hilo que le dió Adriadna.

Hay muchas especies de laberintos, unos de material, generalmente tumbas, y otros en forma de caminos que se enredaban en un bosquecillo. En la Edad Media se decoraban las iglesias con pavimentos de piedras blancas y negras o con cuadrados de color cuyos meandros complicados y bandas en espiral recibían el nombre de "camino de Jerusalén".

En la iglesia de San Bertin, en Saint-Omer, hay un curioso pavimento que representa el templo de Jerusalén con una estación para los peregrinos. Estos laberintos eran visitados por las personas que habían hecho voto de ir a Jerusalén y luego no podían cumplirlo. A veces se empleaban como castigos y los penitentes debían recorrerlos enteros marchando de rodillas.

El laberinto de la catedral de Chaitres tiene 40 pies de diámetro y lo recorrían los penitentes que querían seguir la procesión del Calvario.

Otras veces los laberintos estaban representados en pequeño sobre una sola baldosa, como el que se ve a la entrada de la catedral de Luca. Un escritor ha notado

que el grupo central de Teseo y de Minotauro aparecía casi borrado por los millares de dedos que habían seguido al laberinto.

Se encuentra gran número de estos laberintos en las antiguas iglesias de España, Francia e Italia, pero ninguno en Inglaterra. No obstante, casi todos los países tienen laberintos recortados sobre césped, idea seguramente tomada de las catedrales.

Posteriormente se han hecho laberintos para entretenimiento, a saber: caminos trazados con setos vivos bien cortados. Los romanos los conocían ya y eran un ornamento de sus jardines. Durante estos últimos años se han construido laberintos de esta clase en puntos de recreo del pueblo inglés; el precio de entrada da derecho al té que se sirve en el centro del laberinto.

El rey de Inglaterra, Guillermo III, hizo construir un laberinto en su palacio de Hampton Court.

El laberinto de Hatfield House, en una de las mansiones del duque de Salisbury, presenta un dibujo al parecer sencillo; pero, como en muchos otros, en él se pierde seguramente todo el que lo recorra sin plano; la razón es que puede pasarse cincuenta veces por el mismo camino sin darse uno cuenta de ello.

V ahora tratemos de explicar cómo una persona puede guiarse en un laberinto sin conocer las matemáticas. La primera regla es esta: Si un laberinto tiene un seto continuo, hay que caminar siguiendo siempre este seto, tocándolo con una mano, y a la derecha o a la izquierda, hasta llegar al fin de los dos caminos sin salida, y regresando por el lado opuesto, se avanzará así por todas las partes del laberinto y se saldrá por donde se entró; naturalmente se llegará al centro y se atravesará dos veces cada camino.

—Es el dolor lo que me mata; desde que supe el casamiento de mi hijo no me he encontrado bien... Muero por culpa suya.

Y expiró sin poder pronunciar la palabra de perdón.

La anciana se impresionó tanto con aquella muerte, que fué presa de una parálisis que le impidió el uso de una parte de los miembros y la reducía a arrastrarse por la casa apoyándose en un bastón. Hablaba también con gran dificultad; mas, por fortuna, tenía a su lado una mujer de esas nacidas para todos los sacrificios, todas las abnegaciones.

Esta mujer quedó viuda muy joven, con dos hijos, Rosa y Pietro, a los cuales crió honradamente y colocó bien. Pietro era el camarero de confianza del conde Luca Rienzi, de Turín; Rosa, después de haber sido camarera de la condesa, se había casado con un colono de las haciendas del industrial Serra. Y en una visita que hizo a Rosa, la madre, de ésta conoció a la viuda del señor Serra y entró a su servicio para estar al lado de su hija.

La señora Serra hablaba con frecuencia a la viuda del abandono en que la tenía su hijo, y después de la muerte del industrial la infeliz señora sufría accesos de desesperación que sólo la fiel mujer que estaba a su lado lograba calmar.

La madre de Aldo apreciaba la devoción de la viuda y con frecuencia, después de entregarse a la desesperación, lloraba en sus brazos.

Y la parálisis seguía su obra devastadora.

Fué en esta época cuando Aldo llegó a Italia con su esposa. En Turín supo que su padre se había retirado de los negocios y se había ido a vivir con su madre a aquella solitaria casita donde en su niñez pasaba las vacaciones y que tan gratos recuerdos para él tenía.

Aldo no osaba presentarse a sus padres con Lilla, ignorando el acogimiento que le dispensarían. Dejó, pues, a su esposa, que se hallaba en estado interesante, en el hotel, y partió solo al pueblo.

La idea de que iba a ver a sus padres le conmovió profundamente, haciéndole derramar lágrimas.

Desde la estación del ferrocarril a la casita había unos dos kilómetros. Aldo no llevaba consigo más que un pequeño maletín y decidió seguir el camino a pie. ¡Cuántas veces había recorrido aquel camino con su padre y con su madre! Y sus nobles figuras acudían a su mente; llenándose el alma de remordimiento, de dolor. Entretanto una suave brisa refrescaba su ardiente frente y en lo alto se extendía el azul de aquel bellissimo cielo que había tantas veces bendecido y admirado.

Un labriego que venía por el mismo camino, al pasar al lado del forastero, le saludó, mirándole con curiosidad.

Aldo le detuvo.

—¿Me permite una palabra?

Y mil, caballero —respondió cortésmente el labriego— ¿Y qué desea?

—Quisiera saber si conoce a los señores Serra...

—¿Los de la casita blanca?

—Precisamente.

—¡Pero si ya no hay más que la señora!...

El joven palideció espantosamente.

—¿Cómo? ¿Por qué?—preguntó con voz apagada.

El labriego, que no podía comprender la causa de aquella emoción, respondió tranquilamente:

—Porque el señor Serra hace unos meses que ha muerto.

—¿Muerto? ¿Muerto?

Se apoyó en un árbol, mirando a su alrededor como un idiota; ni un sollozo salió de su pecho, ni una lágrima brotó de sus ojos; estaba como petrificado. Su dolor era trágico, pero mudo. El labriego le miraba sin comprender.

—¿No lo sabía, caballero?—continuó—. Murió casi repentinamente... Y le han llorado todos los pobres del país, porque era un hombre muy caritativo, aunque huraño; paz a su alma. La señora se impresionó tanto que sufrió un ataque de parálisis; ¡oh también es ella muy buena y prodiga el bien en el pueblo! ¡Y pensar que gente tan rica, tan buena, tenga un hijo tan granuja! Este, siendo muchacho, escapó de su casa y se embarcó para América, sin que hasta la fecha haya dado noticias suyas... ¡Ah! ¡Hay hijos tan ingratos!...

Aldo no oía ya al labriego; un solo pensamiento se agitaba confuso en su cerebro. Su padre había muerto, no le vería nunca más. ¿Había sido él la causa de aquella muerte? ¡Ah, quería saberlo! Su madre le diría la verdad... Él se arrastraría a sus pies, pidiéndola perdón, suplicándola que no le mal dijese...

Galvanizado por esta idea, se separó del árbol y, después de dar gracias al labriego, reanudó apresuradamente su camino. Ya tenía prisa en llegar. Pero cuando estuvo en la casita, antes de levantar el aldabón de la puerta, tuvo que detenerse para respirar. El corazón le latía con tal violencia que parecía le iba a saltar del pecho.

Al fin se decidió. Un golpe seco resonó en la casa; una ventana se abrió y una mujer asomó a ella la cabeza, preguntando:

—¿Quién es? ¿Qué desea?

—Quisiera hablar a la señora Serra—respondió el joven con voz ahogada, levantando el rostro, que tenía cubierto de una palidez mortal.

—La señora Serra... no recibe...

—Dígame... que llevo... de América y le traigo noticias de su hijo...

—¡Ah!

La ventana se cerró precipitadamente y la puerta no tardó en abrirse. La mujer que se había asomado a la ventana estaba al lado de Aldo, mirándole con ojos ardientes.

—Venga, caballero, venga.

Le hizo subir al primer piso, y después de introducirle en una salita le preguntó con acento entrecortado por la emoción:

—Diga la verdad; ¿es usted mismo el señor Aldo?

El no trató de negar, no habría podido.

—Pues bien... sí.

—¡Oh, caballero! ¿Es posible? ¡Ah! Temo que la pobre señora no pueda resistir la alegría.

Aldo la asió convulsamente por un brazo.

—¿Mi madre me ha perdonado?

—¡Oh, sí!... Hace mucho tiempo... Y también el pobre dueño... Pero permítame le deje; voy a avisarla, no se mueva de aquí.

Se oyó en la habitación vecina una voz trémula, balbuciente...

—Lema, ¿quién ha venido?

—Voy a decírselo, señora... pero la recomiendo que no se mueva...

Aldo tuvo que apoyarse en el respaldo de una butaca porque se sentía desvanecer.

Pasaron algunos minutos de atroz espera. Después el joven oyó un grito agudo y escuchó su nombre, pronunciado entre sollozos entrecortados. No resistió más; corrió a la puerta y la abrió.

Peró se detuvo asombrado en el umbral. ¿Aquel espectro que trataba de incorporarse en la poltrona, agitando las trémulas manos, con la boca torcida, entreabierta, que repetía su nombre con voz ahogada, era su madre, aquella mujer tan fuerte, tan robusta, que dirigía la casa y dominaba a todos con su energía?

Aldo, aterrado, lleno de remordimiento y arrastrándose de rodillas hacia aquella figura espectral, murmuró con las manos juntas:

—¡Mamá... perdón... perdón!...

Al sonido de su voz, la vieja se irguió sobre su busto y con un acento que el joven no olvidaría nunca dejó escapar de sus labios blancos estas palabras indistintas, como ronquidos de agonía, como delirios de un cerebro enfermo:

—Ya sabía que volverías... tú solo... ¿no es cierto?... Ella no... no quiero... fué culpa suya... por ella te fuiste y nos olvidaste a todos... tu padre ha muerto... yo he resistido... las desgracias no matan enseguida... Aldo, Aldo... eres tú quien me mira... yo te he perdonado... y también tu padre... pero a la otra no... Aldo toca tu violín... abrázame... abrázame... Dios me ha escuchado... ¡Aldo!

Fué un grito desesperado que reunía todos sus dolores, su poderoso cariño de madre; pero fué también el último esfuerzo de aquel cuerpo ya consumido, exhausto.

Lema había acertado. La anciana señora no pudo soportar la alegría, y murió entre los brazos de su hijo, pronunciando desesperadamente su nombre.

VI

Lilla aguardó a su esposo en el hotel tres días consecutivos, y, viendo que no llegaba ni le enviaba noticias suyas, fué presa de un verdadero espanto. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué Aldo tardaba así? Aun admitiendo que sus padres no le hubiesen recibido bien y que se negasen a perdonarle, él no habría dejado de avisarla. Conocía bien el corazón de su marido... estaba segura de su cariño... Así, pues, ¿en el viaje le había ocurrido una desgracia? ¿Había sido víctima de algún accidente?

Cuando la imaginación trabaja, no se detiene ya. La joven e infeliz señora creía enloquecer; ¿a quién dirigirse para obtener noticias? Ella no conocía a nadie.

Al cuarto día no resistió más. Lilla sabía el nombre del pueblo a donde Aldo había ido y se le ocurrió telegrafiar a sus suegros. ¿Por qué no le iban a responder si su marido estaba con ellos?

Lilla salió del hotel y en un coche de plaza se hizo conducir a la Central de Telégrafos.

Allí, después de reflexionar detenidamente, expidió a los señores Serra este laconico telegrama con respuesta pagada:

«Ruego me digan si se encuentra ahí Aldo Serra, a quien tengo que comunicar una cosa urgentísima. Diríjanse a Guibert, hotel Feder, Turín.»

La respuesta llegó a la noche; estaba firmada por Lena y decía:

«El señor Aldo encuéntrase gravemente enfermo; la señora Serra fué sepultada ayer; el señor Serra murió hace unos meses.»

Por un verdadero milagro Lilla soportó aquel golpe sin sucumbir; si su alma quedó herida de muerte, el cuerpo conservó su energía.

En aquel momento no pensaba más que en su marido. Este se hallaba gravemente enfermo y el puesto de ella era a su lado, ocurriera lo que fuese. Así, pues, enseguida se puso en camino y aquella noche llegaba al pueblo y se hacía conducir a la linda casita blanca.

Lena, que la abrió la puerta, se sorprendió al ver aquella hermosa y angelical figura.

—¿Qué desea la señora?

—Busco a mi esposo.

Lena se sobresaltó; pero se apartó respetuosamente para franquearle el paso. Por muchos que hubiesen sido los errores de la joven esposa, ella no podía arrogarse el derecho de arrojarla de la casa.

—Al señor Aldo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Venga, señora.

Y la condujo a la alcoba donde el joven luchaba entre la vida y la muerte, con una fiebre cerebral producida por las violentas emociones que había experimentado.

La fiebre estaba agravada por el delirio y Aldo no hacía más que acusarse él y acusar a su esposa de la muerte de sus padres.

El martirio de la pobre señora al encontrar en tal estado a su marido, al oírse acusar por él, que no la reconocía, puede imaginarse, pero no describirse.

Sin embargo, supo reprimir su atroz dolor... Pensó en el ser que palpitaba en su seno y pidió a la Divinidad fuerzas para soportar aquella nueva prueba.

—Mi vida por la vida de Aldo—pensó aquella buena y generosa criatura.

Desde aquel momento no se movió de la cabecera del lecho del enfermo a pesar de los ruegos de Lena, que estaba conmovida por tanta bondad y dulzura y se decía que si su pobre señora hubiese conocido antes a Lilla, quizás tantas desgracias se habrían evitado.

La joven esposa interrogó a Lena sobre la muerte de sus suegros y ésta nada le ocultó por muy terrible que la verdad fuese.

Cuando Lilla supo que los padres de Aldo habían buscado con insistencia a su hijo, del cual no tuvieron nunca noticias, experimentó un vivo estupor.

¿Así, pues, no habían llegado a ellos las cartas de Aldo, sus periódicos?

Pero cuando Lena agregó que el párroco había sabido por último que Aldo se encontraba en el Brasil con su esposa y que los señores Serra la acusaban a ella de haberlo perdido y no quisieron escribir ni una palabra de perdón ni desearon ya su regreso, Lilla sintió que se le desgarraba el corazón y permaneció muda, aterrada. ¿Qué había hecho para atraerse las maldiciones de los dos viejos? Quien leyese en su alma, podía conocer su inocencia. ¿Ella perder a Aldo, al único hombre que había amado con toda la pureza de su corazón? Y al lado del lecho del enfermo veía los rostros amenazadores, terribles de los dos ancianos, que parecía le gritasen:

—¿Qué haces tú aquí?

Y la visión era tan clara, que Lilla creía tenerlos delante y temblaba de miedo y se juzgaba culpable por haberse casado con Aldo sin el consentimiento de aquéllos.

El párroco, que iba a visitar al enfermo, conoció todos los secretos dolores de Lilla, que le abrió cándidamente el alma, y trató de consolarla, diciéndola que si los esposos Serra veían desde el otro mundo lo admirablemente que ella cumplía con su deber, no podrían más que perdonarla y bendecirla.

Pero Aldo la primera vez que volvió en sí, reconociendo el pálido rostro de Lilla, que se inclinaba ansiosa sobre él, había gritado con acento de repulsión:

—¡Vete, vete... ellos no te quieren... por ti mi madre ha expirado en mis brazos... y yo te odio, no puedo verte ya!

Era demasiada injusticia.

Lilla no pudo soportar aquel golpe y se desvaneció. Cuando volvió en sí, vió a su lado a su marido, que llorando la pedía perdón.

La joven perdonó, pero jamás se la volvió a ver sonreír, y mientras Aldo mejoraba rápidamente, Lilla declinaba más y más, y el día en que dió a luz una niña fué el último de su vida. Murió la infeliz como una mártir, bendiciendo a su marido y a su hija y diciendo con una sonrisa que desgarraba el alma:

—Voy a pedirles perdón... y estoy segura de que no me lo negarán ya.

Aldo no siguió a su esposa porque su hija tenía necesidad de él; no quería dejarla sola en el mundo.

Y dos años después también Nella le abandonaba para ir a reunirse con su madre. ¿Qué haría ya en el mundo? ¿Qué le reservaba el destino?

En todo esto pensaba el desgraciado padre aquella noche, sentado junto al cadáver de su Nella, mientras repetía entre sollozos:

—¿No fui aún bastante castigado? ¿Debo matarme también yo para aplacar las sombras de los míos, yo, el mayor culpable, el único?... No, no; si yo me quitase la vida no podría ver ya a mi esposa, a mi hija...

Y cayendo de rodillas se apoyó la frente en las manos y se puso a llorar.

Había transcurrido un mes desde la muerte de Nella; pero Aldo no tenía ya noción del tiempo ni de su dolor. Una manía dulce, extraña, inofensiva se había apoderado de él.

Cada noche, sentado junto al lecho de su hija, en el cual había colocado un muñeco de cera que se le asemejaba mucho, se ponía a tocar el violín como si Nella estuviese allí para oírlo. Y como en éxtasis arrancaba aquellas notas divinas, melodiosas, que reproducían todos los estados de su alma, que embargaban a cuantos los escuchaban. Todo el espíritu ardiente de su genio se revelaba en aquellas melodías y mientras su mano hacía vibrar las cuerdas, su pensamiento se elevaba lejos, lejos... y él veía en medio de un gran resplandor, en un cielo tachonado de estrellas, a su Nella entre los brazos de su madre, sonriente, animada, feliz... y detrás a sus padres que le tendían los brazos.

Y el violín expresaba todas sus emociones, sus delirios, hasta que el último recuerdo le sacaba de aquel éxtasis y entonces caía de rodillas al lado del lecho, balbuceando entre sollozos:

—No, ni ellos están ni tú me oyes, ¿por qué no me aplaudes... Nella? Nella, respóndeme; ¿no se hará un milagro por mí?

Un mes después de aquella muerte, Aldo, a la noche, más abatido que de costumbre, se había dejado caer junto al lecho de la niña y comenzaba a tocar el violín.

El desgraciado padre no había visto que detrás de la puerta le espían dos personas, un hombre y una mujer. El hombre era Pedro, el hermano de la nodriza; la mujer era la misma Rosa.

—Ojalá salga bien todo—murmuró Rosa—. Yo tengo miedo... miedo...

—Tú no tienes nada que temer—le dijo Pietro al oído—; la niña está bien instruída y desempeñará bien su papel.

—Pero si no lográsemos nuestro propósito, ¿qué sería de esa pobrecita que te han encargado que hagas desaparecer? Pietro, Pietro, a costa de descubrirlo todo yo misma, no dejaré que la causen daño...

—¡Calla!—murmuró en tono amenazador el hombre, asiéndola por un brazo.

El violín dejaba oír un sonido dulcísimo...

La lámpara, velada por una gasa, lanzaba una débil claridad sobre la camita, en la cual había tendida una niña de dos años o poco más, de rublos y rizados cabellos, que le caían sobre su angélico rostro, de ojos celestes, luminosos.

Y de repente las gasas de la camita se agitaron y la niña se incorporó en la cama batiendo palmas y gritando:

—¡Bravo, papá!

Un grito frenético escapó de los labios del artista; el violín cayó y se rompió; pero él no se apercibió de ello... Había cogido a la niña, devorándola con las miradas, cubriéndola de besos, de caricias delirantes...

—Nella... Nella, ¿eres tú? ¿Pero es posible? ¿Así, pues, yo estaba loco... cuando te creía muerta, o es que Dios ha tenido piedad de mi dolor y te ha resucitado?... De cualquier modo, tú estás aquí conmigo... y nadie... nunca... nunca... te separará del lado de tu pobre padre.

Y la estrechó locamente contra su pecho, como si temiese que se la quitaran aun; pero la emoción era demasiado violenta para su corazón de padre... y cayó desvanecido con la niña entre los brazos.

Rosa y Pedro acudieron en su socorro, cambiando entre ellos una mirada de alegría.

Habían salvado a un tiempo a aquellos dos seres, evitando un odioso delito.

Y el violín expresaba todas sus emociones, sus delirios, hasta que el tímido resplandor de la lámpara de aquel extasis y entonces cesa de brillar en todo el techo, balanceándose entre los brazos...

—No, ni ellos están ni...
Nella, respondeme; ¿no se trata en mi vida por mí?

Un mes después de aquella muerte, vino a la noche, más rápido que de costumbre, se había dejado caer junto al techo de la niña y comenzaba a tocar el violín.

El desvanecido padre no había visto que detrás de la puerta le espíasen dos personas: un hombre y una mujer. El hombre era Pietro, el hermano de la niña; la mujer era la misma Rosa.

—¡Qué saiga bien todo!—murmuró Rosa—. Yo tengo miedo... miedo...

PRIMEPA PARTE

Una hora trágica.



RAN las cuatro de la tarde de un espléndido día de Noviembre. No hacía frío y las principales vías de Turín estaban bastante animadas; la circulación de las gentes era con frecuencia interrumpida por los carruajes particulares, por los tranvías, por los coches de plaza.

Por la vía Santa Teresa desembocó como una flecha un elegantísimo tiburí guiado por una joven de unos veinte años y entró en la vía Roma en el preciso momento en que dos tranvías se cruzaban en el punto más estrecho. Fue un instante de inmensa angustia para la muchedumbre, que creyó ya ver el ligero coche destrozado entre los dos pesados vehículos y a la joven mutilada debajo de éstos.

Pero la animosa muchacha, con una agilidad que habría hecho honor a un acróbata, saltó sana y salva a la plataforma del tranvía de la derecha, mientras el coche era destrozado y el caballo, herido, era detenido por un joven.

Al grito de horror que dió la muchedumbre sucedió una ovación a la animosa muchacha, que, después de sonreír a la gente, descendió con tranquilidad del tranvía. La desconocida aseguróse de que su caballo no había sufrido lesión alguna, aprobó el parte del guardia municipal, quien atribuía lo sucedido a una imprudencia de la joven, y subió a un coche de plaza, donde en voz alta dió su dirección.

Al palacio Rienzí, en el Corso Vittorio.

El hechizo.

En el Museo de pinturas de X hay un retrato señalado en el catálogo con el número 1,013 y que se titula *E hechizo*. Es una pensativa cabeza de mujer atribuida a Van Dick, que sonríe con melancolía a través de la pátina.

Dice el catálogo que aquella dama, cuya belleza misteriosa y marchita perturba un poco, es Catalina Strozzi y que en su tiempo el retrato figuró en la galería del palacio que Benedetto de Majano construyó para la poderosa familia florentina.

Como yo manifestara interés hacia aquella pintura desvanecida, cuya impresión produce un raro efecto de lejanía, mi cicerone me hizo su historia más o menos así.

—Un Van Dick muy característico. Observe usted la nota un poco sombría que predomina en el cuadro, el aire que envuelve la cabeza y la manera cómo están tratados los encajes del cuello. Fijese usted en el primor de las manos y como "saleo", de adentro de las mangas de terciopelo.

En tanto él hablaba con fastidiosa volubilidad, yo observaba los ojos del retrato, encendidos por una mirada lejana y atormentada, y la enigmática expresión con que aquella hermosa mujer sonríe hace varios siglos dentro del marco florentino desvencijado por el tiempo.

—El maestro flamenco seguía el cicerone —lo pintó para Catalina Strozzi, en Florencia, cuando ya había sentido el prestigio de las suntuosas escuelas italianas. Las últimas pinceladas del retrato se mezclaron con palabras de amor.

Ya conoce usted los salvajes celos de aquellos señores florentinos. Catalina Strozzi fue apuñalada por su dueño frente al caballete donde descansaba el retrato recién terminado por el pintor. Esas manchas oscuras del fondo son la sangre de la enamorada patriota. Este cuadro ingresó en el Museo en forma bastante extraña. Había sido adquirido en Florencia por Capental, un caballero que cierta mañana se presentó aquí y pidió hablar con nuestro conservador. Traía el cuadro consigo y lo que propuso aquel caballero fué bastante singular; pero a la institución le convino el negocio desde que se trataba de un Van-Dick, como usted ve.

Aquel caballero, que aquí, entre nosotros, creo que tenía sorbido el seso, pidió que el cuadro fuera conservado en el Museo en este mismo sitio que ahora ocupa, con la sola con-

dición de que se le permitiera diariamente visitarlo. Agregó, además, que a su muerte lo legaría al establecimiento.

Pero debo declararle que era fama que el retrato aquel traía desgracia y que el propio Capental había sido víctima del peligroso hechizo. Sin embargo, el extraño contrato fué aceptado y cumplido religiosamente. Capental venía todas las tardes al Museo, sentábase frente al Van Dick y permanecía en muda contemplación frente a esta dama, que al fin y al cabo, no creo sea para tanto. La cosa duró mucho tiempo y aquel buen señor no olvidó un día su visita. Después de todo, era una manía inofensiva. Le aseguro a usted que a veces nos conmovía la ternura con que Capental miraba el retrato; pero por lo general, habituados como estábamos a verle en el Museo, no nos preocupábamos de observarle. Todos aquí le llamábamos *el hechizado* y el nombre prosperó, pues ahora lo ha heredado el cuadro.

Le confesaré que la expresión del Van Dick alguna vez me ha preocupado más de lo conveniente y que al principio, sobre todo, me era muy difícil permanecer en esta sala sin volver a cada instante involuntariamente los ojos hacia el retrato; pero, aparte de que creo que esas son niñerías o nerviosidades, la costumbre de verlo a diario me lo ha hecho indiferente. Sin embargo, no me sería grato pasar una noche a solas con él.

Como usted puede observar, la incómoda mirada de esa señora es implacable y no hay medio de evitarla. Donde quiera que usted se coloque, el retrato girará hacia usted los ojos, y puedo asegurarle que al cabo de algún tiempo de soportar esa mirada que acecha, usted se sentiría mal. Nuestro conservador, que tenía su pupitre en la sala del fondo del corredor, tuvo que trasladarlo, pues cada vez que se abría la puerta se encontraba con la mirada del retrato fija sobre él.

Además, y esto se lo digo a usted con algún temor, pues nunca hablamos de ello, desde que el cuadro ingresó en el Museo pasaron aquí cosas muy raras. Gaskin, es verdad que Gaskin tenía ya 62 años, murió repentinamente en esta sala; Burger enfermó de melancolía y todos los compañeros padecimos durante algún tiempo un inexplicable azoramiento.

Aquí todos estuvimos algo hechizados por el retrato. Por otra parte, será coincidencia la

pero la mañana que encontramos al Van Dick caído en el suelo nos trajeron la noticia de la muerte de Capental, producida esa noche en a fonda. Al levantar el cuadro para volver a colgarlo del muro creo que a todos nos latía el corazón. Pero desde entonces, y hace ya varios años que pasaron estas historias, nada nos ha sucedido, ni nada tenemos que repro-

char a esa tela, que es el orgullo de nuestra galería.

Calló el cicerone y yo, que me sentía invadido por un vago malestar, me alejé sin volverme, temeroso, a pesar de mi escepticismo, de experimentar la influencia del peli, groso hechizo de Catalina Strozzi.

RAÚL MONTEÑO BUSTAMANTE.

La caza de la morsa.

Hasta el cazador más endurecido y acostumbrado a los peligros de la región polar siente una especie de asombro y terror al verse por primera vez frente a una morsa y sus nervios deben estar bien templados para disparar su primer tiro sobre el animal sin que le sobrevenga esa fiebre que ataca al novel cazador frente a su primera presa.

Para estudiar y apreciar bien esos enormes y singulares animales es necesario conocer aquellas regiones solitarias y glaciales, que abarcan las más altas latitudes de nuestro planeta. Es necesario haber experimentado ese efecto indecible que produce el centelleo magnífico del hielo cristalino y haber sentido la austera majestad de una eternidad que pesa sobre el hombre, impresionándole y elevándole. Y esa magnificencia fantástica y tan blanca, iluminada por el tenue resplandor del sol de media noche, con sus colores ardientes y sus reflejos brillantes, es la patria de esos monstruos que se nos presentan cual un resto de lo que existió hace millones de años y nos sugieren la idea de mundos desaparecidos.

El que haya tenido la suerte de penetrar en los páramos árticos habrá tenido ocasión de ver a los osos blancos vagar, incansables, por los campos de nieve buscando una presa.

Los osos blancos, señores todopoderosos en su dominio, no conocen enemigos ni peligros; por eso apenas si la presencia del hombre les llama la atención. Sólo un rival tienen, al que no se acercan: la morsa. Estos colosos, aunque parezcan torpes en sus movimientos, poseen una fuerza tan estupenda que el animal más salvaje, con toda su fuerza, sería un juguete para ellos.

Fuera de la ballena, la morsa, o león marino, es el único animal de la región ártica que resalta peligroso para el hombre. La osa blanca, únicamente si un cazador cometiera la imprudencia de herirle o matarle algún cachorro, lo acometería con un furor ciego, sin considerar el propio peligro.

Las morsas no andan nunca solas, sino en rebaños, y cuando duermen sobre los tém-

panos de hielo el cazador puede acercarse impunemente a pocos pasos de distancia. Se entregan, los cuerpos enormes bien estrechados unos contra otros, completamente sin cuidado al sueño. El aspecto que presentan es imponente: el cuerpo, que a menudo alcanza tres metros de largo, tiene algo de rodillo; y la cabeza, más bien pequeña, desaparece casi por completo en el enorme cogote. Sólo los terribles colmillos, que suministran el marfil más fino, aparecen por debajo de los dolorosos labios superiores, que están circundados por cerdas duras e inflexibles. El cogote de la morsa es inmóvil; cuando quiera mirar a un lado se ve obligada a revolver los ojos.

La morsa sólo puede ser muerta inmediatamente si se logra alojar la bala en la cabeza o en el pescuezo, desgarrando la arteria principal. Si queda herida solamente sobre el témpano de hielo, el arponero debe entrar enseguida en acción; si no, el pesado cuerpo cae con gran velocidad al agua y queda irremediabilmente perdido. El arponar es un arte que exige, en igual grado, fuerza y habilidad. No es fácil traspasar con el arpón el cuero sumamente grueso de la morsa, de manera que el garfio quede enganchado en los intestinos o en la carne. Se necesita gran serenidad y mucha sangre fría para dejar que el animal vaya muriendo lentamente.

A pesar de los peligros que ofrece la caza de la morsa, se la ha perseguido de tal modo que hoy ya no se puede hablar de los innumerables rebaños que antes existían. El hombre no tiene miramiento; desahoga el deporte y ambiciona el marfil y la piel de este animal tan pacífico, que, no molestandolo, ataca únicamente a las merluzas, los testáceos y a pequeños cangrejos, animales que constituyen su alimento.

Sería una lástima la desaparición de tan interesante especie animal. Por suerte se ha firmado recientemente en Washington un convenio internacional para poner trabas a la caza de esos animales, castigando a quienes vendan sus pieles o colmillos sin explicar satisfactoriamente su procedencia.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales

Madrid, provincias y extranjero.

DE PROVINCIAS

Donostiarras.

Madrid, 7 Agosto.

San Sebastián.—Hoy han visitado la Biblioteca-Museo-Municipal las modistas madrileñas. Por la tarde fueron al frontón y al final se las obsequió con un *lunch*. Esta noche se celebrará en su obsequio un baile en el balneario La Perla del Océano, organizado por las modistas donostiarras.

El ministro de hacienda ha recibido a medio día a los periodistas en su residencia de la Villa Margot. Ha dicho que había conferenciado telefónicamente con el jefe del Gobierno, quien le ha anunciado que no ocurría novedad.

—Ya he dicho a ustedes—ha añadido—que estoy aquí ocupado en la labor que llevaré a las Cortes. Tengo, sin embargo, una noticia de interés que comunicarles. Al aproximarse el término del tratado comercial con Portugal me dirigí, por mediación de nuestro ministro de Estado, al Gobierno portugués, anunciándole la denuncia de aquel tratado. Se trata del convenio comercial que yo concerté en 1892, que es la época de que arrancan la mayoría de nuestros tratados comerciales, y fué rogado en 1902, fecha en que expiraba. El tratado era conveniente para ambos países, pero más para Portugal que para España, y queremos que haya reciprocidad. Al formular la denuncia pedí que previamente fueran aprobadas las bases de reciprocidad. Se envió la nota al Gobierno portugués, que se dió por enterado de la denuncia y expresó su deseo de abrir un *modus operandi* mediante el cual aquel Gobierno expusiera sus deseos cuando le comunicáramos los nuestros. El Gobierno portugués tomó este asunto con tanto interés que envió a Madrid un delegado suyo que se avistó conmigo. En la entrevista que celebramos le expresé la idea de concertar una unión aduanera ibérica mediante la cual desaparecería la frontera para los productos importados por tierra y someter a los importados por mar a una tarifa convencional. Esta unión aduanera, o *zolverin*, que tan excelentes resultados da en Alemania, creo que resultaría beneficiosa para las dos naciones ibéricas. El delegado del Gobierno portugués acogió la idea del *zolverin*, o unión aduanera, con gran entusiasmo, que exteriorizó con la facilidad con que lo hacen los habitantes de aquel país, pero hoy no se hacen por este lado trabajos, sino por el lado de una información. A ella se ha llamado a las Cámaras de Comercio y a las Agrícolas y demás Corporaciones que a ello pueden aportar datos y antecedentes. Por cierto que entre otros informes tanto uos hace poco recibidos de la Cámara oficial Agrícola de Cáceres, provincia que por su proximidad a Portugal tanto le interesa esto. Este informe es muy interesante. El Gobierno portugués ha abierto también en su país una información. Termina el plazo de esta información el día 31 de Agosto y después de estudiarla pasará a la Comisión designada que preside el director general de Aduanas, la que expondrá a Portugal nuestros deseos, que han de ser atendidos, tales como en maderas, ganados y otros productos nuestros, y Portugal nos comunicará los suyos que han de encaminarse a obtener ventajas para los productos portugueses, entre éstos el caño de sus colonias que compete con el nuestro de Fernando Póo. Todas estas negociaciones han de hacerse para Octubre, época en que el actual tratado expira. Se habló de esto al expirar el tratado anterior, al cumplirse los diez años de su vigencia, por excitación de algunas importantes Sociedades de carácter económico de algunas regiones.

El señor Navarrete reverter manifestó que debían obrar esos datos en la Dirección General de Aduanas, además de los que se hallan en el ministerio de Estado, y aunque en los diez años transcurridos desde 1892 ha variado el movimiento comercial, existirá en los diez años de interés que remitirá a la Comisión que entiende en el asunto.

El aviador Vedrines. — De Bilbao. — Vuelos.

Vitoria.—La Sociedad deportiva La Abeja ha dado un banquete al aviador Vedrines. Este ha salido a las cinco de la tarde para Pamplona, donde será obsequiado con un banquete de cien cubiertos.

Bilbao.—Una Comisión de republicanos ha visitado al gobernador civil para protestar de los rumores de movimiento revolucionario que se les han atribuido. Manifestaron que tales rumores carecan de exactitud, si bien añadieron que no respondían de lo que puedan intentar los socialistas.

Han terminado las diligencias del proceso seguido a los oradores del mitin conjuntionista por las palabras pronunciadas contra el alcalde al tratar del asunto de la exclusión de cinco mil electores de las listas del censo. Han pasado al fiscal. Se esperan nuevos procesamientos.

Cornuá.—En las pruebas de aviación Garnier, Poumet y Tivier han realizado hermosos vuelos. Los aviadores sacaron desde los aparatos varias fotografías.

Crónica negra.

Madrid, 8 Agosto (2'15 madrugada).

Angela Gallo, de 52 años, que vivía en la calle de Ministriles, avisó a la Comisaría que se hallaba enferma. El médico dijo que tenía una borrachera; un vecino fué a buscar la receta y a su regreso hallóla muerta.

En la calle de Silva, jugando cuatro niños con una pistola salón. Disparóse ésta, hiriendo en la mano al niño Luis Polo.

En el barrio de la Prosperidad hallándose de sobremesa Victoria Castañeda con su marido y un hijo, recibió un balazo que penetró en la estancia, hiriéndola gravemente en el ojo derecho. Ignórase quién sea el autor, creyéndose se trate de una venganza.

En el Instituto Rubio se ha suicidado de un tiro en la cabeza Guillermo López, de diez y nueve años, a causa de un padecimiento crónico que le hacía sufrir fuertes dolores.

Ferrol.—Un obrero bilbaino penetró en casa de Insolina Rodríguez, con quien vivía, amenazándola. Esta, atemorizada, tiróse del balcón a la calle. Está gravísima. El agresor fué detenido.

Zamora.—Una partida de malhechores, compuesta de seis individuos, asaltó el comercio que tiene en Castroponce Dolores Gallego, que se hallaba en cama con tres hijos pequeños, haciéndole entregar todo el dinero que tenía y efectos. La guardia civil detuvo en el pueblo de Motarracinos.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

La abuela del rey de Italia.—La abdicación de Hafid.

Paris, 6 (7'50).

Telegrafian a *L'Eclair* desde Roma diciendo que la duquesa de Génova, abuela del rey, ha sufrido un ataque de apoplejía, inspirando su estado vivas inquietudes.

Según *La Gaceta del Voss*, Muley Hafid está firmemente resuelto a abdicar en favor de Muley Idris. El Mokri será nombrado regente y Hafid se instalará el 14 del corriente en Tánger; después irá a la Meca. A consecuencia de la abdicación se extiende el movimiento panislámico en el Sud de Marruecos.

Generales cansados.

Según *Le Gaulois*, los generales Dalbiez y Molnier piden regresar a Francia para reponerse de las fatigas que han sufrido sobre todo en estos últimos tiempos.

Por incomunicación de la línea telefónica entre Zaragoza y Madrid, no hemos podido celebrar la acostumbrada conferencia de las diez.

Bolsin mañana.

Interior, 85'17 papel; Nortes, 102'75 papel; Alicantes, 98'00 dinero; Andaluces, 65'10 dinero.

Noticia de los fallecidos el día 7 de Agosto de 1912.

Casados 3	Viudos 2	Solteros 3	Niños 8	Abortos 1	Nacidos	Varones 21
Coradas 4	Viudas 3	Solteras 0	Niñas 6			Hembras 17

Emersata de EL PRINCIPADO. Escudellers Blasca, 3 bis. Barcelona.